



## CAPÍTULO UNO

EL DÍA ANTERIOR A QUE TODO CAMBIARA, VOLVÍAN CAMINANDO a casa por el barrio del río en Ámsterdam. Las hermanas se llevaban tres años, y con catorce y casi once, eran opuestas prácticamente en todo sentido. Margot, la mayor, era hermosa, aunque parecía no ser consciente de ello. Ana, la menor, siempre había envidiado a su hermana, pues Ana podía considerarse común y corriente si no la conocías. Tenía ojos castaños y cabello oscuro; era siempre curiosa, hacía reír a la gente, hablaba sin parar y entretenía a sus compañeros, incluso durante las clases. De todos modos, algunas personas la consideraban terca y obstinada. La mayoría no tenía ni idea de quién era ella en lo más hondo.

A veces, las hermanas se encontraban después de clase para volver juntas a casa. Margot se desviaba de su camino para buscar a su hermana, y luego caminaba junto a la bicicleta. Tardaban solo diez minutos andando a paso rápido, algo que rara vez hacían, ya que el tiempo era glorioso, y hoy se demoraron más que de costumbre. Este día en particular el mundo parecía perfecto;

el sol brillante se colaba por entre las ramas de los árboles. ¿Para qué apurarse en llegar a casa, donde las aguardaban las tareas de siempre? Eran adolescentes, estaban enamoradas de la vida, tenían todas las posibilidades de un futuro maravilloso. Era mayo, su época favorita del año, la temporada en que los pájaros regresaban a anidar en los árboles a lo largo del río y de los canales. Solo las urracas permanecían durante todo el año y lograban sobrevivir a los gélidos inviernos, pero ahora los cielos se llenaban de aves migratorias que regresaban de España y Marruecos.

–Vayamos a Oase –sugirió Ana. Era su heladería favorita y, si pudiera, iría todos los días.

–Sabes bien que no podemos –respondió Margot, como siempre, la voz de la razón.

–¿No podemos, o no queremos? –Ana esbozó una amplia sonrisa. “Romparamos las reglas”, solía insistirle a su hermana mayor. “Corramos el riesgo”–. De todas formas llegaremos tarde, así que bien podríamos ir –sugirió Ana con tranquilidad.

Para ir a casa, igualmente debían pasar por la heladería. Llegar a casa implicaba comenzar la tarea, poner la mesa y escuchar las preguntas y críticas de su madre acerca de cómo habían pasado el día. A Ana le encantaba caminar por las calles de su concurrido barrio hasta Merwedeplein, la plaza donde vivían, no lejos del río Ámstel. El barrio estaba lleno de bicicletas y coches, y las hermanas buscaban siempre al florista, que tenía un carro tirado por un enorme perro.

–Llévemolo a casa –propuso Ana al divisar al enorme perro blanco, que tiraba resueltamente del carro cargado de tulipanes procedentes de los campos de flores en la campiña.

Margot se echó a reír.

–¡Ocuparía toda la casa!

–¿Y qué? –respondió Ana–. Con él todo sería más interesante.

–¿Y cómo crees que reaccionaría mamá? Si se sienta en un sillón, lo echará a la calle.

Las muchachas se echaron a reír al imaginarse a su madre queriendo dominar al gigantesco perro. Edith Frank insistía en mantener la casa ordenada y limpia en todo momento, y jamás iba a permitir que hubiera pelo y huellas de perro llenas de barro. El apartamento que ocupaban estaba en un edificio nuevo, en un agradable barrio con numerosos residentes judíos que habían huido del régimen nazi en Alemania. Había docenas de bloques de apartamentos nuevos en el vecindario, entre ellos el edificio residencial más alto de Ámsterdam, llamado Rascacielos. Este tenía tantos pisos que los niños que vivían cerca decían que el último piso conducía al cielo. La gente aseguraba que quienes vivían en los apartamentos más altos podían ver todas las estrellas del cielo. A la noche, cuando las hermanas Frank se sentaban en la escalinata del edificio, veían las luces parpadeantes de las habitaciones, que parecían flotar por encima de los árboles más altos.

–Si pasamos por Oase, quizá alguien nos regale un helado –sugirió Ana. Aunque no tenía dinero propio, a menudo había chicos dispuestos a pagarles helados a las chicas. Ana era joven, algunos dirían que demasiado joven para estar pensando en muchachos, pero le gustaba coquetear. Además, ¿qué tenía de malo?

–No debemos aceptar obsequios de desconocidos –reprendió Margot a su hermanita. No sabía de dónde sacaba Ana su descaró; a veces le hubiera gustado ser un poco más valiente. No recordaba haber roto una regla jamás.

–El helado no es un obsequio –insistió Ana– sino una necesidad. Además, no hay nada de malo en tener amigos.

–Ana. –Hasta a Margot, alguien que se llevaba bien con todo el mundo, a veces le fastidiaba la insistencia de su hermana–. Hoy no.

–¡Está bien! –replicó Ana, caminando frente a Margot. No eran amigas, solo parientes. Ana estaba segura de que nunca habría elegido una amiga como Margot, tenían tan poco en común.

–No intentes alcanzarme, ¡ni te molestes! –gritó Ana por encima de su hombro mientras salía corriendo–. Algún día desearás haberme hecho caso y haberte divertido más.

\*\*\*

Margot hacía todo lo posible por vigilar a su hermana, pero Ana tenía voluntad propia. Era perspicaz, y se interesaba por temas que no se suponía que debía conocer a su edad. Cuanto más sabía, más la asombraba el funcionamiento del mundo que la rodeaba. ¿Por qué los hombres gozaban de más libertad que las mujeres? ¿Por qué la gente se enamoraba? ¿Cómo ocurría, y cuándo iba a sucederle a ella? ¿Por qué su familia había abandonado su casa en Alemania? ¿Por qué había tanto odio en el mundo?

Margot era una alumna excelente: diligente, bondadosa y atlética, y miembro valioso del equipo de remo. Estaba matriculada en una escuela secundaria que aceptaba alumnos de todas las religiones; había solo cinco chicas judías en una clase de treinta o más alumnos. Ana, cuyo nombre completo era Annelies Marie Frank, asistía a una escuela Montessori en Niersstraat, un lugar maravilloso donde los alumnos podían escribir y pintar a gusto.

En esa escuela, el método de enseñanza estimulaba la expresión de los niños. Los padres de las muchachas sabían que su hija menor necesitaba libertad para ser ella misma; no podía quedarse sentada mucho tiempo, y solo prestaba atención a temas que le interesaban. Era probable que no le fuera bien en la escuela a la que iba Margot. La escuela de Ana parecía un lugar encantado para quienes tenían una gran imaginación. Había un castaño inmenso en el patio, y algunos creían que, si tocabas la corteza del árbol, tu deseo se cumplía, pero solo si cerrabas los ojos y tenías fe. A Ana le encantaban los cuentos de hadas y los mitos. Estaba segura de que las mujeres podían forjar su propio camino, sin importar lo oscuros y profundos que fueran los bosques.

“Quiero ser la persona que deseo ser”, susurraba Ana al apoyar la palma de su mano sobre el árbol del patio. “Deseo ser yo misma”.

Las hermanas vivían en Ámsterdam desde que Ana tenía cuatro años, cuando la familia huyó de Alemania. Los Países Bajos aún permitían el ingreso de judíos cuando otros países, entre ellos Estados Unidos, habían establecido cupos que excluían a los refugiados, aunque las condiciones de los judíos en Alemania empeoraban a medida que la persecución nazi se hacía cada vez más despiadada. En los siglos xv y xvi, los Países Bajos habían sido refugio para los judíos que huían de las inquisiciones de España y Portugal. Era un lugar donde reinaba la igualdad; allí, gran parte de la población judía recibió derechos civiles plenos en 1796 y pudo vivir con libertad en una ciudad tan misteriosa como práctica, un mundo hecho de hielo en invierno y de tulipanes en primavera. En ese entonces la ciudad se inundaba con la marea alta; se había construido sobre los pantanos, y la gente usaba zuecos de madera para caminar por el barro mientras atendía sus campos. Ahora Ámsterdam estaba rodeada de

165 canales, con infinidad de puentes construidos sobre los ríos, ya que la marisma había sido drenada cientos de años atrás por los acaudalados comerciantes, que en ese entonces construyeron casas altas y elegantes sobre los canales, con gabletes dignos de cuentos de hadas. Los transeúntes podían imaginar que se habían internado en un cuento, en el que las personas buenas recibían recompensa y las malas quedaban encerradas en las torres, y las llaves eran arrojadas a las oscuras aguas de los canales.

A Ana le agradaba detenerse a contemplar los canales. A veces pensaba que era capaz de ver lo que otras personas no podían. Allí, en el agua quieta, imaginaba ver fragmentos del pasado de la ciudad. Ladrillos de casas derribadas, un collar perdido por alguna aristócrata, un pececillo de plata nadando en los canales durante cien años.

—Eres una soñadora —Margot le decía siempre a su hermana, ya que lo único que ella veía cuando miraba los canales era agua sucia y patos que pasaban nadando. Veía los barcos que hacían entregas y algún que otro cisne blanco, demasiado orgulloso y vanidoso para dignarse a mirarla.

Cuando Margot hacía estos comentarios, Ana sabía que, aunque fueran hermanas, veían el mundo de manera completamente diferente. El “aquí y ahora” y “lo que podría ser”. Qué aburrido era no tener imaginación, ver solamente lo que tienes enfrente. Pensó en el cuento de hadas *Blancanieves y Rojaflor*, en el que dos hermanas eran totalmente diferentes, igual que ella y Margot. A veces Ana pensaba que sus palabras favoritas eran “Hace mucho tiempo...”, aunque su madre siempre le estaba diciendo que se espabilara y prestara más atención a la escuela y a sus tareas del hogar, y que no estuviera siempre leyendo alguno de sus libros.

Sin embargo, el padre de las chicas, Otto Frank, a quien llamaban Pim, era un gran lector: ¿y qué tenía de malo? Era el único que comprendía a Ana, aunque su madre no la entendiera.

“Los sueños son el comienzo”, le decía siempre a Ana. “Son las historias que nos contamos”.

\*\*\*

En la escuela Montessori, la mejor amiga de Ana era Hannah Goslar, a quien llamaban Hanneli, o a veces Hanna. Las dos niñas habían vivido sus primeros años en Alemania y solían cuchichear entre sí en un idioma que no muchos de su clase entendían. Las dos amigas pasaban mucho tiempo juntas, ya que Hanneli también vivía cerca, en el barrio del río. Pronto incluyeron a otra chica en su círculo de amistad, Susanne, a quien llamaban Sanna. Ana, Hanna y Sanna. Creían que el destino había dictado que fueran mejores amigas y sus nombres rimaran, y jamás dejarían de ser amigas, ya lo tenían decidido. Se pasaban horas hablando del futuro que tenían por delante y de lo que harían.

–Iremos a América –decía Ana, porque ese era su sueño, un cuento que se contaba a sí misma todas las noches. “Hace mucho tiempo, vivíamos en Ámsterdam, hasta que nos fuimos y atravesamos el océano”.

–Y viviremos en la misma casa –agregaba Hanneli.

–Pero ¿quién va a pagar todo eso? –Sanna era realista, y siempre quería conocer los detalles.

–Quienquiera que se enamore de nosotras –sugería Hanneli.

–No. –Ana sacudía la cabeza–. Yo pagaré –anunciaba–. Para entonces ya seré famosa.

Todas sonreían pues, si Ana estaba convencida, todas lo estaban. Ella siempre se hacía cargo de las cosas, y sus amigas íntimas entendían por qué: Ana siempre había creído que sería alguien especial, pero cada vez que sus amigas se iban a su casa, lo cierto era que Ana se sentía demasiado sola, como si pudiera ocurrir cualquier cosa.

Quizá ella no fuese especial, tal vez se encontraría sola en la oscuridad, sin nadie que la comprendiera. Margot era quien parecía ser: risueña, inteligente y educada, mientras que Ana mantenía oculto su verdadero ser, aun de sus amigas más cercanas. Era una chica alegre, siempre divertida, pero era más inteligente de lo que nadie imaginaba, algo que guardaba en secreto. Era mejor que la gente creyera que era solo quien aparentaba ser, la chica dramática que gustaba de actuar en obras de teatro, la muchacha parlanchina que solía meterse en problemas en la escuela. Siempre leía y pensaba, pero contemplaba las nubes del otro lado de la ventana cuando debía estar escuchando a sus maestros y a sus padres. Su madre a menudo la miraba con desaprobación cuando Ana hablaba demasiado o se comportaba como si conociera las respuestas de la mayoría de las preguntas, aunque Edith también era una gran conversadora. Sin embargo, la amada abuela de las muchachas, Rosa Holländer, a quien llamaban Oma, entendía a Ana.

“Si quieres conocerla”, sugirió Oma a la madre de Ana, “sigue indagando. Busca en su interior”.

\*\*\*

La abuela de las chicas dormía en lo que había sido el comedor, pero se había modificado con una cama para Oma; algo necesario



ahora que el dormitorio adicional del piso superior estaba ocupado por un inquilino, que ayudaba en el pago del alquiler. Oma estaba frágil desde que había llegado de Alemania hacía poco más de un año. Había perdido todo: su hogar, sus pertenencias, incluso las rosas que crecían en su jardín; todo se lo había quitado el gobierno. En 1933, Adolf Hitler y su Partido Nazi asumieron el poder tras el fracaso de Alemania durante la Primera Guerra Mundial, a menudo denominada la Gran Guerra. Otto y Edith presintieron que las condiciones de los judíos iban a empeorar bajo el régimen de Hitler. No tardaron en promulgarse leyes raciales en Alemania, y los judíos dejaron de considerarse ciudadanos, aunque hubiesen vivido allí durante toda su vida, hubiesen peleado en la Gran Guerra para proteger a su país, aunque fuesen médicos, maestros o escritores famosos. Para 1940 ya no se permitía a los judíos alemanes ingresar en parques, escuelas públicas o mercados. El odio se había legalizado: estaba por todas partes.

Otto Frank viajó primero a los Países Bajos en 1933, luego lo siguieron Edith, Margot y Ana en 1934. La familia había partido mucho antes del caos del 9 y 10 de noviembre de 1938, después conocido como *Kristallnacht*, o la Noche de los cristales rotos, porque las calles de Alemania y Austria se llenaron de fragmentos de vidrios luego del más violento ataque público de los nazis a los judíos. Grupos de guardias de asalto y la Juventud Hitleriana se lanzaron a las calles sedientos de sangre, apaleando y asesinando judíos. Destruyeron miles de tiendas y casas judías, incendiaron por completo mil cuatrocientas sinagogas y arrancaron a los judíos de sus hogares solo por el hecho de ser judíos; dejaron a los hombres asesinados en la calle mientras las mujeres y los niños lloraban, y sus gritos resonaban y podían oírse hasta el campo.

Más de treinta mil hombres judíos fueron acorralados la noche de *Kristallnacht*, luego los arrestaron y llevaron a campos de concentración; incluso el tío de Ana, Walter, fue arrestado, aunque más tarde lo liberaron. La gente huía como si fueran pájaros, pues pronto se construyeron más campos de concentración, y todo judío que no huyera, sería atrapado en una jaula sin llave. Los llamaban campos de trabajo, y se decía que quienes iban a trabajar allí volvían a sus casas cuando terminaban su trabajo; sin embargo, con el tiempo los judíos de Alemania tomaron conciencia de que los que allí iban no volvían jamás.

Todas las personas que no huyeron rápidamente descubrieron que era demasiado tarde. El cielo era vasto, pero el mundo que habitaban era pequeño y, muy pronto, no hubo lugar adonde escapar, hasta el cielo se surcó de redes. Los países cerraron sus fronteras y negaron el ingreso a los refugiados judíos; barcos cargados de personas fueron rechazados en las costas de países libres, y muchas de esas personas no pudieron sobrevivir. La familia de Ana estaba agradecida por haber venido a los Países Bajos, un país neutral que había evitado tomar partido en cuestiones internacionales. El padre de las niñas estaba seguro de que aquí estarían a salvo. Por ese motivo la madre de Edith Frank, Oma, también había ido a vivir con ellos en marzo de 1939.

Se establecieron en Ámsterdam; sin embargo, Oma soñaba con cristales rotos; oía los vidrios haciéndose añicos en sueños, y a veces pasaba la noche sentada en una silla junto a la ventana para poder vigilar, aunque ya no se encontraban en Alemania. Oma oía que algo se derrumbaba; oía lo que el futuro podía depararles.

Cierta noche, Ana observó que su abuela miraba por la ventana en mitad de la noche, así que fue a sentarse a sus pies.

–Me pareció oír un disturbio afuera –murmuró Oma con voz queda.

Ana había oído hablar de *Kristallnacht*, y a veces soñaba con eso. En sus sueños, veía a la gente corriendo por una calle oscura. A unos hombres los arrastraban debajo de la tierra, y las mujeres se convertían en pájaros para huir volando. A las familias que estaban en sus propias casas las habían arrastrado a la calle. Las personas que se habían escondido en patios o edificios de oficinas eran arrestadas y arrojadas al suelo repleto de vidrios. Oma le había advertido que lo peor sucedía cuando menos lo esperabas; sobrevenía como una lluvia torrencial, cuando tenías los ojos cerrados y estabas demasiado ocupada pensando en otras cosas. Un día común, cuando hacía buen tiempo, ese era el momento en que ocurría, cuando el mundo entero cambiaba.

–Las personas buenas no pueden entender el mal. Ni siquiera pueden reconocerlo –comentó Oma a su nieta–. Eso fue lo que sucedió en Alemania.

Había habido pequeños disturbios en Ámsterdam, incluso cerca de su casa, pero habían ocultado esa información a Ana y a su hermana.

–Todo está bien por aquí –tranquilizó Ana a su abuela–. Quizá lo que oíste eran los conejos.

Era la época del año en que los conejos armaban sus madrigueras bajo los setos durante el día, pero salían por la noche, cuando la herbosa plaza estaba desierta.

Oma sacudió la cabeza.

–Eso no fue lo que oí.

Los ojos de Ana brillaron. Ella entendía algunas cosas que, según la opinión de los adultos, era demasiado joven para observar.

Sabía que su abuela temía que lo que estaba ocurriendo en Alemania pudiese suceder también aquí.

–Oíste el pasado –murmuró Ana.

Su abuela se inclinó y acarició el cabello de Ana; siempre había sentido un cariño especial por su nieta menor. Aunque algunas personas creían que Ana era demasiado presumida, Oma sabía que su nieta tenía una profunda sensibilidad, que poseía un corazón enorme y compasivo y que la lastimaban con facilidad. Sin embargo, Ana no mostraba a nadie su dolor, en especial a su madre, a quien parecía no poder complacer nunca. A veces, cuando Ana estaba en presencia de su madre, se retiraba a un mundo propio.

–Despierta –le decía Edith–. No estamos aquí para soñar.

“Yo sí”, susurraba Ana por lo bajo. “Yo puedo soñar lo que quiera”.

Lo cierto era que Ana a veces se olvidaba de hacer sus tareas, y la vida cotidiana no le provocaba ningún interés. Daba rienda suelta a su imaginación mientras leía novelas bajo la luz tenue del dormitorio que compartía con Margot, con tanta concentración que se olvidaba del resto del mundo. Su madre golpeaba a la puerta a altas horas de la noche para que Ana apagara la luz, pero incluso después de hacer lo que le pedían, a menudo Ana no podía dormir. Desde su ventana contemplaba las estrellas: parecían estar tan cerca que a veces creía poder alcanzarlas y tocarlas.

Esta noche en particular, después de oír a su abuela en el salón, supo lo que significaba estar sola, aun cuando la casa estuviera llena de gente. Supo que podía estar muy sola cuando todos los demás dormían, cuando la asaltaban sus propios sueños.

–Sueña con los conejos –aconsejó a su abuela esa noche.

–Preferiría soñar contigo –respondió Oma. Aceptó volver a la cama si Ana hacía lo mismo.

–Soñemos con el futuro –sugirió Ana.

–De acuerdo –aceptó Oma. Se sentía mejor solo por hablar con Ana. ¡Qué suerte tenía de tener esta nieta que albergaba esperanzas!–. Hagamos eso.

–Iremos a California –dijo Ana–. A una casa grande junto al mar.

–¿De verdad? –Oma se echó a reír, encantada.

–Te llevaré conmigo –aseguró Ana a su abuela.

–Cuando quieras –respondió Oma mientras le daba un beso de buenas noches. Era muy fuerte el amor que sentía por su nieta.

Cuando Ana regresó a su habitación, Margot estaba soñando; su respiración era suave y leve, y tenía el rostro vuelto hacia la pared. Ana se deslizó debajo de su propia cobija y cerró los ojos. Era tarde, pasada la medianoche, pero eso no significaba que fuera a dormir, como tampoco lo hacía Oma en el comedor.

\*\*\*

A Ana le encantaba subir a la azotea cuando sus amigas venían a visitarla. Allí gozaban de privacidad; les parecía que podían estar en cualquier lugar del mundo cuando llevaban sus sillas y se acomodaban para leer durante las tardes soleadas.

–Quizá deberías escribir un libro sobre nosotras –le sugirió Hanneli.

–Tal vez –respondió Ana. No quería hacer promesas; por el momento, lo que más le interesaban eran las historias que su padre le narraba, sobre muchachas que salvaban a sus familias y a sí mismas.

Lo único que necesitabas para creer en ti misma era saber que alguien te amaba de verdad, tal cual eras. Aunque Ana sentía que nadie la conocía de verdad, sabía que la amaban. Tenía a su Oma, pero también era la favorita de su padre. De eso estaba segura, aunque él nunca lo dijera e hiciera todo lo posible por no demostrarlo. Su padre y ella eran como dos gotas de agua. Pim se reía de las bromas de Ana y valoraba el hecho de que anhelara más de la vida. Era tranquilo y razonable pero también apasionado, especialmente cuando se trataba de literatura. Era un lector voraz y estaba orgulloso de que Ana también lo fuera, aunque eso significara quedarse hasta tarde en la noche y desobedecer las reglas. Pim ejercía una enorme influencia sobre su hija, particularmente en cuanto a la lectura; siempre decía que nunca era una pérdida de tiempo.

El padre de Pim había llegado a convertirse en un banquero muy rico en Alemania antes de que se responsabilizara a los judíos por el fracaso financiero del país, luego de su derrota en la Primera Guerra Mundial. Todas sus posesiones se perdieron en el conflicto mundial y se quedaron sin nada. Los Frank nunca habían sido una familia religiosa y se consideraban alemanes; sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que, al igual que todos los demás judíos, se los considerara ciudadanos de segunda. Cuando tuvieron que huir, Pim al principio fundó un negocio de mermeladas y especias en Ámsterdam por medio de una empresa alemana; alquiló una oficina y contrató un socio, Johannes Kleiman, y un empleado, Victor Kugler. También contrató a una joven austríaca llamada Miep Santrouschitz, quien se había convertido en una fiel asistente y ahora era considerada un miembro de la familia. Tomaron a una joven secretaria de dieciocho años, Elisabeth Voskuyl, llamada Bep, también fiel a la empresa.

Pim inspiraba lealtad en otras personas y también era leal. Era un hombre honrado y muy trabajador, y había renunciado a sus propios sueños por el bien de la familia. Cuando era joven había trabajado en Nueva York con su amigo Nathan Straus Jr., cuya familia era dueña de los grandes almacenes Macy's en Herald Square, Manhattan. Habían ido juntos a la Universidad de Heidelberg durante un verano, y Pim había sido el mejor amigo de Nathan, a quien llamaba Charley. Pim podría haberse quedado en Nueva York, ya que amaba esa ciudad salvaje y bulliciosa, pero cuando su padre falleció, regresó para estar con su familia y ayudarla económicamente.

Nathan Straus Jr. era un hombre rico e importante, estrechamente vinculado con el gobierno de Estados Unidos. Había sido miembro del Senado por el Estado de Nueva York, y el presidente Franklin D. Roosevelt lo había nombrado jefe del Departamento de Vivienda de Estados Unidos. Straus era amigo de la primera dama, Eleanor Roosevelt, una firme creyente en la justicia social y quien, desde el principio del régimen nazi, había pedido ayuda para los refugiados judíos. Ya en el año 1939 Eleanor Roosevelt había intentado persuadir al gobierno de aprobar un proyecto de ley que habría permitido el ingreso de veinte mil niños refugiados alemanes judíos a Estados Unidos. Sin embargo, el proyecto de ley fue ignorado y nunca se votó, así que los niños no pudieron entrar al país. Posteriormente, la mayoría de esos niños fueron llevados a los campos de exterminio y asesinados. Bajo el régimen nazi la edad no tenía ningún significado, tampoco la humanidad ni el amor.

Si Otto Frank se hubiera quedado en Nueva York, si no hubiese tenido miedo de desilusionar a su madre y hubiese hecho lo que quería, su vida podría haber sido totalmente diferente de la

que vivía en Ámsterdam. A veces pensaba en ello; lo pensaba cada vez más, todo el tiempo. En este momento podría haber estado en Manhattan, y si hubiera tenido hijas, estas caminarían por la Quinta Avenida todos los domingos, mirarían escaparates, irían al cine, correrían por el Central Park. Él conocía las consecuencias de la obediencia: a menudo perdías lo mejor de ti mismo. La gente decía que su hija Ana debía comportarse, no hablar tanto ni tener grandes sueños o estar tan segura de lo que quería, pero Pim no siempre estaba de acuerdo. Ana era especial, eso era todo. No era como las demás niñas, para bien o para mal. Tenía buenas cualidades y otras que molestaban a la gente, pero sin duda tenía sueños que solo a ella le pertenecían.

“Cuidate de no salir volando”, Pim solía bromear con Ana cuando ella soñaba despierta, y Ana sonreía porque era eso exactamente lo que pensaba hacer algún día.

\*\*\*

Aquel hermoso día de mayo en que las hermanas se encontraron y caminaron de la escuela a casa, el día anterior a que todo cambiara, Ana contempló las urracas posadas en las ramas de los plátanos. Las aves habían soportado el frío invierno de Ámsterdam, haciendo sus nidos en las ramas más altas de los árboles. Las urracas la observaban con esos ojos que parecían gemas, y aunque normalmente eran ruidosas, este día de mayo permanecían en silencio. Las urracas pertenecían a la familia de los cuervos, y eran tan inteligentes y curiosas que algunas personas decían que eran ladronas. Hurtaban ropa de los tendedores, anillos de los dedos de la gente, flores de los jardines vallados, y uvas y peras de los carros



tirados por caballos. Quizá por eso Ana sentía tanta admiración por estas aves: las urracas tomaban lo que querían y hacían todo lo que se les antojaba. Iban adonde deseaban y no huían cuando llegaba el invierno como hacían otras aves; permanecían en su sitio, aun con hielo y nieve; nada las ahuyentaba de Ámsterdam.

Ana saludó a los pájaros con la mano y dio un silbido.

—¡Hola! —gritó—. ¿Me enseñan a volar?

—¿Crees que te entienden? —preguntó Margot con una sonrisa. No sabía de dónde sacaba Ana estas ideas... de los libros, imaginaba, de las historias que oía que Pim narraba, historias mágicas en las que cualquier cosa podía suceder.

—Por supuesto que entienden —replicó Ana. Había leído que las urracas reconocían los rostros y podían diferenciar a las personas. Había una que a menudo la seguía desde la escuela, y a veces Ana creía que se quedaba a esperarla hasta que las clases terminaban y ella salía corriendo a la calle. Ahora la señaló—. Esa me conoce.

—Ana, no lo creo —murmuró Margot, como si hablara con alguien que no entendía nada del mundo—. Esas cosas no suceden.

A veces Ana sentía lástima por su hermana. Se preguntaba cómo sería ser tan buena e incondicional, y cómo sería creer todo lo que te decían y no tener ningún tipo de imaginación. Margot ni siquiera se percataba de que la mayoría de los chicos que pasaban la miraban con admiración, pero Ana sí se daba cuenta, y comprendía por qué: Margot tenía una belleza natural, y los hombres se sentían atraídos de inmediato hacia ella. En general ignoraban a Ana, aunque desde hacía poco tiempo observaba que, cada vez que ella empezaba a hablar, los muchachos se le acercaban, encantados y deseosos de oír lo que tuviera que decir, que era mucho. Cuando eso sucedía, Ana sabía que su conversación era valiosa,

aunque todavía no tuviera once años y no fuera tan bonita como Margot. Una vez que comenzaba a hablar, su luz interior comenzaba a brillar, y en ese momento las demás chicas no parecían nada interesantes. Era un don, le había dicho su Oma, una especie de magia que le era propia. Ser bonita no lo era todo, pero sí lo era sentir que tenías algún valor.

Las hermanas se desviaron de su camino para poder pasar por la librería Blankevoort, uno de sus sitios favoritos, que quedaba a la vuelta de su casa.

—Tenemos que detenernos aquí —dijo Ana—. ¡Solo unos minutos!

—Aquí tampoco. —Margot rio—. ¡Llegaremos tarde!

Sin embargo, entraron un momento para mirar los estantes de libros. Ana deseaba poder vivir en una librería y leer durante toda la noche. Todas las librerías de Ámsterdam parecían tener un gato negro, y en casi todas las puertas había una campana que sonaba al entrar. Ana y Pim solían visitar las tiendas en busca de volúmenes antiguos. Les gustaba especialmente husmear en los puestos de libros instalados en la vereda del mercado de libros, donde los volúmenes se amontonaban sobre estantes desvencijados sin ningún orden en particular, de manera que los cuentos de hadas estaban mezclados con libros de poesía, historia y novelas, y cada libro encerraba una sorpresa.

Cada vez que salían juntos, Pim le contaba a Ana sus historias favoritas, antiguos cuentos de hadas alemanes y de mitología griega y romana, una asignatura que había estudiado cuando iba a la universidad en Heidelberg. A veces le contaba cuentos que él inventaba, los favoritos de Ana. Sus historias preferidas versaban sobre muchachas encerradas que encontraban la manera

de liberarse, saltaban de elevadas torres, trepaban por espinosas enredaderas y corrían a través de bosques cubiertos de musgo para cobijarse entre los árboles.

–Podríamos llegar solo un poquito tarde –le sugirió Ana a su hermana mientras seguían caminando. Era una de esas chicas, como las de las historias, con anhelo de libertad. ¡Cómo le gustaría meterse en la librería sin tener que estar consultando el reloj, y luego detenerse en un café y pedir una limonada y un bollo con queso crema y chocolate! ¿Qué importancia tenían diez minutos, incluso media hora? A nadie le molestaría, pero para ella significaría mucho poder tener una vida en la que hiciera lo que se le antojara.

–Hoy no –insistió Margot. Cuando Ana suspiró, Margot agregó–: Es mucho más fácil si haces lo que te piden.

–Seguro que sí. Eso dices tú.

Ana hizo una mueca y ambas se rieron. Era lo bueno de tener una hermana: podías odiarla y amarla al mismo tiempo. Podías decirle cosas que no le dirías a nadie o no decirle nada. Podías pelearte y decir cosas espantosas y luego olvidarte de todo. Podías salir corriendo cuando ella menos se lo esperaba y saber que ella te seguiría.

Corrieron hasta pasados los árboles ondulantes, una carrera enloquecida, de manera de no llegar demasiado tarde para ayudar a preparar la cena. Mientras las chicas se acercaban a casa, Margot vio de lejos el edificio, detrás del parque verde bordeado de setos y canteros de flores. A diferencia de su hermana, Ana no solo veía lo que había, sino también lo que podía haber. Estaba junto a Margot cuando doblaron la esquina, pero ella ya tenía un pie en el futuro y estaba lista para saltar hacia la vida que deseaba, muy lejos de aquí. Era una urraca, una escapista, y no pensaba

quedarse quieta para vivir la vida que según otros debía vivir. Todas las chicas tenían sueños; sin duda Ana tenía los suyos y los mantenía en secreto, no solo de Margot, sino también de sus amigas más íntimas. Podía parecer una chica común y corriente, como cualquier otra que pasaba por la calle, pero ella sabía que era alguien más.

Solo estaba esperando descubrir quién era.